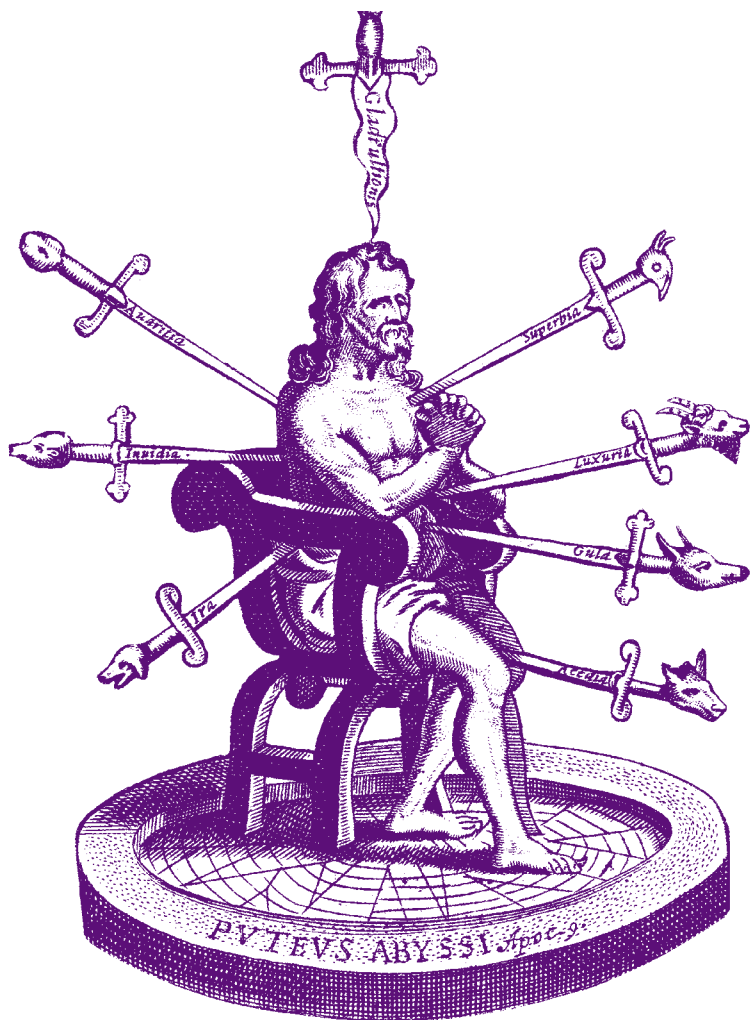


REVISTA DE HISTORIA MODERNA

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE ALICANTE N° 21 - 2003



IGLESIA Y RELIGIOSIDAD

Revista patrocinada por



Revista de Historia Moderna es una publicación científica de periodicidad anual donde pueden encontrarse aportaciones originales sobre investigación histórica relativa al área de Historia Moderna en castellano y dirigida tanto a especialistas como a estudiosos del tema.

Revista de Historia Moderna aparece recogida en la base de datos ISOC (CINDOC).

La presente publicación ha sido realizada en el marco de los proyectos de investigación concedidos por el Ministerio de Ciencia y Tecnología a este Departamento de Historia Moderna (Nº de referencia de los proyectos BHA2002-03416 y BHA2002-01551)

Preimpresión



Impresión: INGRA Impresores

ISSN: 0212-5862

Depósito Legal: A-81-1982

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado -electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.-, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

**Estos créditos pertenecen a la edición
impresa de la obra.**

Edición electrónica:



REVISTA DE HISTORIA MODERNA
ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE ALICANTE Nº 21

(Revista fundada por Antonio Mestre Sanchis)

CONSEJO ASESOR

Antonio DOMÍNGUEZ ORTIZ. Real Academia de la Historia (†)
Gerard DUFOUR. Universidad Aix-en-Provence
Teófanos EGIDO. Universidad de Valladolid
Pablo FERNÁNDEZ ALBALADEJO. Autónoma de Madrid
Manuel FERNÁNDEZ ÁLVAREZ. Real Academia de Historia
Enrique MARTÍNEZ RUIZ. Complutense de Madrid
Carlos MARTÍNEZ SHAW. Univ. Nacional de Educación a Distancia
Pere MOLAS RIBALTA. Universidad de Barcelona
Joseph PÉREZ. Univ. Boudeaux III
Bernard VINCENT. CNRS

CONSEJO DE REDACCIÓN

Director: Enrique GIMÉNEZ LÓPEZ
Secretario: Jesús PRADELLS NADAL
Vocales: Armando ALBEROLA ROMÁ
Francisco ARANDA PÉREZ
David BERNABÉ GIL
María José BONO GUARDIOLA
Inmaculada FERNÁNDEZ DE ARRILLAGA
Francisco FERNÁNDEZ IZQUIERDO
María del Carmen IRLES VICENTE
Mario MARTÍNEZ GOMIS
Cayetano MAS GALVAÑ
Primitivo PLA ALBEROLA
Juan RICO JIMÉNEZ
Emilio SOLER PASCUAL

SECRETARIADO DE PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

La Revista de Historia Moderna dedicará el monográfico correspondiente al año 2004 al tema Ejércitos en la Edad Moderna, coordinado por los Drs. Martínez Ruiz y Giménez López.

Aquellos miembros de la Fundación Española de Historia Moderna que deseen participar deberán enviar sus originales al Departamento de Historia Moderna de la Universidad de Alicante antes del 30 de diciembre de 2003.

Encontrándose en prensa el presente número de la Revista de Historia Moderna se ha producido el fallecimiento del profesor Antonio Domínguez Ortiz, miembro del Consejo Asesor, pero ante todo maestro y amigo. Ante pérdida tan irreparable el Consejo de Dirección desea manifestar su solidaridad con los miembros de su familia y rendir tributo a su fecunda labor como historiador y a su probada bonhomía. Descanse en paz.

Revista de Historia Moderna
Anales de la Universidad de Alicante nº 21 - 2003

Iglesia y religiosidad

Arturo Morgado García
**Historiografía eclesiástica y construcción de un
mito urbano en el Cádiz del siglo XVII**

Índice

Portada

Créditos

Arturo Morgado García

Historiografía eclesiástica y construcción de un mito urbano en el Cádiz del siglo XVII 7

Resumen 7

Abstract 7

Notas 55

Historiografía eclesiástica y construcción de un mito urbano en el Cádiz del siglo XVII

Resumen

Análisis de la obra del carmelita gaditano Fray Jerónimo de la Concepción «Emporio del Orbe. Cádiz Ilustrada» publicada en 1690. La misma es un claro exponente del género corográfico, y desarrolla todos los temas que encontramos en la historiografía gaditana del momento: antigüedad inmemorial de la ciudad, fundación mítica de la misma, visión sesgada de su evolución histórica, continuos elogios a la ciudad y a sus habitantes, descripción de Cádiz como un emporio comercial, una Iglesia que se remonta a los primeros tiempos del cristianismo, y una ciudad que es todo un edén del Catolicismo como muestran sus numerosas iglesias y conventos y la piedad de sus habitantes. La obra de Fray Jerónimo será la responsable de la imagen mítica del Cádiz del monopolio comercial con América.

Abstract

Analysis of «Emporio del Orbe. Cádiz Ilustrada» (1690), written by Fray Jerónimo de la Concepción, member of the Order of Carmel. This

book is a good example of the chorographical genre and have all the themes that we can find in the Historiography of Cadix during XVIth and XVIIth centuries: the big antiquity of the city, its mytical foundation, a partial view of its historical evolution, numerous praises to the city and their citizens, description of Cadix like a commercial empory, a Church that begins in the first times of the Christianisme, and a very catholical city, with many churchs and convents, and with a very devouts citizens. The book of Fray Jeronimo gives a mitycal image of Cadix during the times of the colonial trade with America.

En su *Tesoro de la lengua castellana o española*, Sebastián de Covarrubias define la «*corografía*», como «*descripción de lugar*», o bien, «*narrar o señalar con la pluma algún lugar o caso acontecido*». Como género literario, la corografía resulta casi inseparable de la historia de las ciudades, estando muy de moda en el siglo XVI, momento en el que se convertiría en grandes compendios geográficos de la mano de cosmógrafos y geógrafos, destacando el *Libro de las grandezas y cosas memorables de España* de Pedro de Medina (1548) y las *Antigüedades de España* de Ambrosio de Morales (1575). Pero la corografía, más orientada hacia las particularidades que hacia estas grandes summas, se adecuaba mal a la propaganda regia, y por este motivo los monarcas de la casa de Austria, con la notable excepción de Felipe II, siempre prefirieron la historia, género que se

Arturo Morgado García
**Historiografía eclesiástica y construcción de un mito urbano
en el Cádiz del siglo XVII**

adaptaba mejor a los grandes temas de estado y que ofrecía a los príncipes un campo más amplio para demostrar la importancia de sus gestas y las de sus antepasados medievales, presentando además un aspecto moralizante del que la corografía carecía.

En este sentido, la corografía aparece como un contrapunto de la historia real, brindando a las ciudades un papel protagonista que les era negado por los cronistas reales, y el género gozó por entonces de una auténtica época dorada, no gracias al apoyo de la monarquía, sino al de ciudades y municipios cuyos gobernantes lo consideraron el medio ideal para mostrar al mundo sus propias grandezas, apareciendo así obras como la *Cordoba descriptio* (1485), la *Oratio luculenta de laudibus Valentiae* de Alonso de Proaza (Valencia, 1505), las *Antigüedades de la ciudad de Salamanca* de Juan Remón de Thrasmiera (1520), el *Epílogo de algunas cosas dignas de memoria pertenecientes a la ilustre y muy magnífica y muy noble y muy leal ciudad de Avila* de Gonzalo de Ayora (Salamanca, 1519), la *Historia de Sevilla* de Luis de Peraza (1536), la *Historia de Valencia* de Pere Antoni Beuter (1538), la *Descripción del reino de Galicia* de Bartolomé Molina (1550) y la *Historia o descripción de la ciudad imperial de Toledo* de Pedro de Alcocer (1554), que se convertiría en el

modelo a seguir por los posteriores cultivadores del género corográfico.

En todas estas obras se incluía una descripción geográfica de la urbe en cuestión, mostrando las ventajas de su emplazamiento, la fertilidad de sus campos y lo abundante de su comercio. Cada ciudad aparecía cual un paraíso terrenal, donde el hambre, la enfermedad y la necesidad no tenían cabida. La norma también llevaba a incluir una narración de la fundación de la ciudad, atribuida normalmente a héroes mitológicos como Tubal o Hércules, además de una discusión etimológica sobre su nombre. Era asimismo necesario demostrar la importancia y los privilegios de la ciudad, además de ofrecer información sobre su antigüedad cristiana, especialmente la conversión al catolicismo, hecho que los autores querían vincular al propio Santiago, mixtificación que sería facilitada desde que a finales del siglo XVI el jesuita Jerónimo Román de la Higuera (1538-1614) compusiera sus crónicas, atribuidos a Dextro, Máximo y Luitprando. El interés por el legado cristiano llevaría a marginar la época musulmana, y la Edad Media quedaba reducida a la descripción de la Reconquista de la ciudad y a su contribución a la lucha contra el Islam. El modelo también exigía hacer hincapié en la lealtad a la corona, pasando por alto los momentos que entraban en

Arturo Morgado García
**Historiografía eclesiástica y construcción de un mito urbano
en el Cádiz del siglo XVII**

contradicción con esta fidelidad. Finalmente, había que dar la imagen aristotélica de la ciudad como una república justa y bien gobernada, y la agustiniana de la ciudad como *civitas cristiana*, una comunidad sagrada arraigada en la religión y la fe. Esta comunidad es presentada como un cuerpo místico o un alma, eterna, invariable e impermeable a los cambios de los tiempos, por lo que la ciudad es siempre fiel, noble y leal. La grandeza de la ciudad estaba en función de la calidad y no de la cantidad de sus habitantes, por ello rara vez se aludía a la presencia de judíos y musulmanes, y sí a la cantidad y la importancia de la nobleza local.

En numerosas ocasiones los municipios promocionaron y apoyaron económicamente este género. Sus autores solían ser eruditos de la propia localidad, o clérigos que querían representar a su ciudad como una *civitas christiana*, por lo que algunas de estas historias no eran más que descripciones de los santuarios y biografías de sus mártires, santos y obispos. Siempre se defendía el honor de la ciudad y su importante papel en la historia de España, magnificándose la importancia de la patria a expensas de las poblaciones cercanas y rivales. El género representaba hasta cierto punto el medio de expresión de las oligarquías urbanas, y contribuyó a crear y mantener las fuerzas del localismo que abogaban

por la importancia de las municipalidades del reino, en un momento en que la corona aumentaba los impuestos y parecía amenazar sus privilegios, ampliamente descritos en el género corográfico. También constituía una respuesta a una historia real en la que las ciudades representaban un papel muy limitado frente a la monarquía. Pero nunca se emplea un lenguaje de resistencia ni de oposición, haciéndose hincapié en la importancia de una relación recíproca y beneficiosa entre la corona y las ciudades. Fuera de los círculos cortesanos, estas historias locales conocieron una limitada difusión, muchas no pasaron del manuscrito y las que se publicaron lo hicieron con una tirada reducida. Sus lectores eran miembros de la élite urbana, clero, notables y otros individuos deseosos de leer las hazañas de sus antepasados y las instituciones de las que formaban parte. La corografía ofrecía a los habitantes de las ciudades españolas una historia con la que podían identificarse y reivindicar como propia, pero era *su* historia, no la historia auspiciada por la monarquía (**nota 1**).

Las grandes recopilaciones corográficas del momento, como la de Pedro de Medina (en su capítulo XXVIII, titulado «*De la Isla y ciudad de Cádiz y de las cosas memorables que en ella ha habido y ahora son*»), y Ambrosio de Morales, dieron cabida en su seno a la descripción de la isla de Cádiz, y servirían

Arturo Morgado García
**Historiografía eclesiástica y construcción de un mito urbano
en el Cádiz del siglo XVII**

como punto de partida al desarrollo de la corografía gaditana, siendo el franciscano Fray Pedro de Abreu el primer historiador en mostrarnos una completa descripción de la ciudad **(nota 2)**. Naturalmente, será la Antigüedad la época más propicia para mostrar las glorias y las grandezas de la urbe, y ello preocupará a autores tales el racionero Juan Bautista Suárez de Salazar, bien surtido de novedades bibliográficas gracias a sus contactos con los libreros venecianos Pedro y Juan Turini **(nota 3)**, en sus *Grandezas y antigüedades de la Isla y Ciudad de Cádiz* (1610) **(nota 4)**, el tesorero de la seo gaditana Antonio Bracamonte de Barrientos en su *Elucidario de las medallas de la Isla y antigua ciudad de Cádiz* de mediados del Seiscientos **(nota 5)**, o el marqués de Mondéjar en su *Cádiz Phenicio*, no publicado hasta 1805. En esta línea de reconstrucción de un pasado glorioso, habría que situar el afán por dotar a la urbe gadicense de su propio martirologio, señal inequívoca de la grandeza de su Iglesia, y a ello obedece la introducción del culto de San Servando y San Germán, siendo uno de los puntos de partida el relato que de su martirio hace el almojarife Agustín de Horozco en su versión de 1598 de la *Historia de la ciudad de Cádiz*, acontecimiento también señalado en la obra de Suárez de Salazar, y vuelto a narrar por Horozco en su *Historia de la vida de los santos Servando y Germán patronos de Cádiz* (1619) **(nota 6)**. Otros relatos

hagiográficos serían la *Vida de San Epitacio* y los *Santos de Cádiz* de Suárez de Salazar (nota 7), aunque éstos parecen haberse perdido.

Frente a un pasado glorioso, el presente no siempre es tan grato. Es cierto que Cádiz participa en algún momento de las glorias de la política de la corona, de lo que se encargaría de reflejar Agustín de Horozco en su *Discurso historial de la presa que del Puerto de la Mamora hizo el Armada Real de España en el año 1614* (1615) (nota 8). Pero pesaba demasiado el recuerdo del asalto de 1596 como para recrearse demasiado en la descripción de los acontecimientos contemporáneos, y a ello obedece el silencio tipográfico que acompañaría a la obra de Fray Pedro de Abreu (nota 9) hasta el siglo XIX. Era necesario además dotar a la ciudad gaditana de una visión completa de su historia, y un precedente lo tendríamos en el *Compendio de la antigüedad y población y primeros moradores de la isla y ciudad de Cádiz con lo demás esencial en ella sucedido en todas las edades pasadas hasta el año de mil quinientos y ochenta y nueve* de autor anónimo, y publicado por Alvaro Picardo en 1956. Pero las obras más señeras al respecto serán la de Agustín de Horozco (nota 10) y, la que nos interesa especialmente, la de Fray Jerónimo de la Concepción (nota 11), de quien escribiera Nicolás Cambiaso en

Arturo Morgado García
**Historiografía eclesiástica y construcción de un mito urbano
en el Cádiz del siglo XVII**

el siglo XIX «*demuestra lo que se interesaba en las glorias de su patria, pero su pluma no fue feliz en todo su desempeño. El estilo es regular, exceptuándose alguna otra frase; y las citas, que son muchísimas, están exactas...en lo que está insufrible es en las muchas paparruchas que escribe sobre nuestra antigua historia eclesiástica particular, es un verdadero delirante*» (nota 12). De hecho, pocas obras de la Historiografía gaditana son tan conocidas como la suya, a la vez que tan polémicas, oscilando su valoración desde aquéllos que señalan su notable aportación documental, hasta quienes ponen de relieve su megalomanía, siendo representadas ambas posturas en los últimos años respectivamente por el carmelita Ismael Bengoechea (nota 13), a quien debemos haber fijado todo el marco erudito del personaje y la obra, y por Manuel Ravina Martín (nota 14), con notables aportaciones desde el punto de vista más interpretativo.

La vida de Fray Jerónimo ha de situarse, según Bengoechea, entre 1642 y 1697. Nacido en Cádiz, no contándose con referencia alguna acerca de sus orígenes familiares, cursaría sus primeros estudios en su ciudad natal, concretamente Artes en el Convento de San Agustín, siendo uno de sus discípulos Antonio de Rojas y Angulo, con posterioridad magistral del cabildo gadicense y uno de los principales representantes

de la Oratoria barroca en dicha ciudad a finales de la centuria. Abandonaría Cádiz en 1660, probablemente con destino a Salamanca, y durante los años siguientes asistiría a su afamada Universidad, en la cual conocería al, posteriormente obispo de la diócesis gaditana, Juan de Isla, se iniciaría en la investigación histórica (de la lectura del *Emporio* se deduce que redactó por aquel entonces una serie de escritos para probar que España fue la primera provincia del Occidente en recibir la fe cristiana, y que los magos fueron oriundos de tierras hispánicas), y recibiría el hábito de carmelita descalzo. En los años ochenta ya le encontramos en tierras gadicenses, debiendo residir en el convento de su orden en Sanlúcar de Barrameda, y con posterioridad en el fundado en la Isla de León (precisamente, durante la prelatura de Juan de Isla), centrando su tarea en la redacción, impresión y difusión de el *Emporio*. Posteriormente, concretamente hacia 1697, sería electo prior del convento de Guadalcazar (Córdoba), falleciendo poco después (**nota 15**). A lo largo de su vida desarrollaría una cierta producción historiográfica (**nota 16**), aunque no se le conoce más obra impresa que el *Emporio*.

La redacción de éste no constituyó, en modo alguno, un secreto para sus contemporáneos. El 6 de abril de 1688 Fray Jerónimo redactaba una carta a los munícipes gaditanos en

Arturo Morgado García
**Historiografía eclesiástica y construcción de un mito urbano
en el Cádiz del siglo XVII**

la cual ofrecía a la ciudad su *Libro de las Antigüedades de Cádiz*, acogiendo los regidores con agradecimiento el manuscrito, y manifestándole toda una serie de promesas de ayuda para «*que no se malogre, lo que tanto le ha costado, y nosotros hemos deseado*», lo que prueba, en opinión de Ravina, el deseo de los regidores gaditanos por contar su historia de la ciudad. Finalmente, el *Emporio del Orbe* sería publicado en Ámsterdam en 1690, en todo un alarde editorial (la ciudad holandesa era el principal centro impresor de la Europa del momento) que fue posible gracias al apoyo económico prestado por las autoridades municipales gaditanas (**nota 17**). De este modo, el autor pudo viajar al Norte para cuidar personalmente una edición caracterizada por un buen papel, magníficas láminas, y un grabado de Cádiz ya clásico, que durante mucho tiempo ilustraría la portada de la revista *Gades*, editada por la Diputación Provincial (**nota 18**). Cuenta con un total, incluyendo láminas, índices, y prólogos, de 700 páginas, dividiéndose su contenido en ocho libros, dedicando el primero al emplazamiento, y orígenes de la ciudad; el segundo a los aspectos religiosos y a los monumentos e inscripciones de la Antigüedad; el tercero y el cuarto a la introducción de la religión cristiana y a los santos habidos y martirizados en estas tierras; el quinto y el sexto a su Reconquista, gobierno político y económico y acontecimientos

más recientes, prestando una especial atención al saqueo inglés de 1596; abordando los dos últimos libros, finalmente, la situación religiosa gaditana en el presente (obispo, cabildo, iglesias, conventos, etc).

El alarde de erudición empleado por el carmelita es impresionante: según Bengoechea, se cita un total de 340 autores diferentes, cifra situada muy por encima de los 48 de Agustín de Horozco, o los 79 de Suárez de Salazar (nota 19). La procedencia de dichas fuentes es muy variada: no solamente se cita la inevitable panoplia de autores clásicos (Estrabón, Plinio, Heródoto, Flavio Josefo, etc), sino que son también muy frecuentes las referencias a las Historias de España publicadas durante los siglos XVI y XVII, las cuales debieron proporcionar al carmelita el indispensable marco conceptual para integrar el devenir histórico de la urbe gaditana en un contexto más amplio. Así, las *Antigüedades de las Ciudades de España* de Ambrosio de Morales (1575) para cuya relación el autor se apoyó en historiadores y geógrafos grecolatinos, tales Ptolomeo, Estrabón, Plinio, Plutarco, o Pomponio Mela, los *Cuarenta libros del Compendio historial de las Crónicas y universal historia de todos los Reinos de España* (Amberes, 1571) de Esteban de Garibay, que prolongará la obra de Ocampo, aunque sin su sentido crítico, lo mismo

Arturo Morgado García
**Historiografía eclesiástica y construcción de un mito urbano
en el Cádiz del siglo XVII**

que le sucediera a la *Historia General de España* de Juan de Mariana (publicada en latín en 1592, y reeditada en 1601 en castellano), sin olvidar la lectura de obras de un marco territorial más restringido, como la *Cataluña Ilustrada* de Esteve de Corbera, cuyo libro es un testimonio muy revelador del debate hispánico por la primogenitura o la preeminencia de un territorio histórico sobre los demás en la historia global de España, siendo la antigüedad un factor clave en dicha preeminencia (criterio absolutamente determinante en la obra de Fray Jerónimo) **(nota 20)**.

La reconstrucción de la Antigüedad por parte del autor no debió ofrecer grandes dificultades: contaba con las informaciones prestadas por los autores clásicos, citados profusamente en la obra de Suárez de Salazar, a quien trata con grandes elogios, aunque señalando lo incompleto de sus resultados: «*acompañado de tantos rasgos de erudición, que es un compendio universal de noticias. Pero dejóle tan imperfecto, que no habiendo pasado de el dominio de los Romanos, nos quedamos, como dicen, con los rudimentos de sola la Infancia de esta República*» **(nota 21)**, e incluso criticando en alguna ocasión: «*discurre en esta materia con espacio, queriendo averiguar los motivos de sus paisanos en adorar semejantes Idolos, y aunque moraliza bien, en lo demás alucina*» **(nota 22)**. Tras el

paréntesis de la época visigoda y musulmana (que, en líneas generales, apenas interesaba al género corográfico), el relato se reanuda con la Reconquista, y aquí debió ser de gran utilidad la obra, no impresa en aquellos momentos, de Agustín de Horozco, considerado «*hombre de buenas noticias*» (nota 23), que debió proporcionarle puntual información acerca de la repoblación de la ciudad, los privilegios recibidos en época medieval, diversos aspectos de gobierno político y económico, y la historia eclesiástica de la urbe, con cuestiones tales fundación del obispado gaditano, su traslado a Algeciras, descripción de la catedral, e implantación de las primeras órdenes religiosas en la ciudad. No sería ésta la única obra de Horozco consultada, por cuanto debió utilizar para la narración de la conquista de la Mamora (nota 24) su *Discurso Historial de la Presa que del puerto de la Mamora hizo el armada real de España en el año 1614*, publicado en 1615 por el impresor madrileño Miguel Serrano de Vargas, y reimpresso por Adolfo de Castro en el volumen 36 de la *Biblioteca de Autores Españoles* (nota 25).

Grande fue también la deuda contraída con Fray Pedro de Abreu, autor, como ya hemos mencionado, de una historia del saqueo inglés de 1596, plagiada casi literalmente por nuestro carmelita (nota 26), que nunca cita la procedencia

Arturo Morgado García
**Historiografía eclesiástica y construcción de un mito urbano
en el Cádiz del siglo XVII**

de sus fuentes en este episodio. Esta fidelidad casi literal la podemos encontrar en la descripción de otros acontecimientos recientes, tales el huracán de 1671 (**nota 27**), la biografía de Doña Beatriz de Quevedo, seglar fallecida en olor de santidad (**nota 28**), o el contagio de peste de 1681 y los subsiguientes elogios literarios a la intercesión de Jesús Nazareno (**nota 29**). Para los aspectos municipales y eclesiásticos le sería de gran utilidad la consulta de los respectivos archivos (el autor reconoce cómo «*me he valido de papeles, e instrumentos fidedignos, que a costa de mucho sudor he juntado, y para las Fudaciones, de las noticias, y Escrituras auténticas de los mismos Monasterios, y Casas*») (**nota 30**), en tanto de algunos hechos debió ser testigo directo, como la propia epidemia de 1681, o el rebato francés de 1683, siendo de interés señalar las numerosas coincidencias existentes entre el relato de Fray Jerónimo y las memorias de Lantery (**nota 31**). Señalemos además que Fray Jerónimo está perfectamente al tanto de los sucesos más recientes, como muestra la referencia realizada al asedio turco de Viena de 1683 y la subsiguiente contraofensiva de los ejércitos imperiales (lo que le permitiría presentar las glorias de la felicísima casa de Austria, siquiera en su rama vienesa, por cuanto la española no pasaba precisamente por sus mejores momentos), y a la invasión del ducado de Luxemburgo ese mismo año por parte de Francia

(que, para variar, siempre actúa persiguiendo sus propios intereses y no los del conjunto de la Cristiandad, aludiendo el autor a sus *«procedimientos comunes»* y *«las cautelas con que obra en conveniencias propias»*) (nota 32).

El método histórico de Fray Jerónimo está fuertemente condicionado por el respeto a la autoridad. Así, señala como veleidad que Hércules esté sepultado en Almuñécar, por cuanto dicha opinión es *«contra el común parecer de tan graves Autores»* (nota 33). Afirmaciones parecidas las encontramos por doquier en su obra: *«conocida evidencia harán 30 Autores graves, que dos modernos de ayer»* (nota 34), *«quien por seguir una opinión novelera, y sin fundamento, se opone al torrente de los antiguos, pisa los términos de la audacia»* (nota 35), *«la reverencia en los antiguos es decoroso lustre de los modernos»* (nota 36), *«mucho han adelgazado en todas materias, los discursos modernos, mucho han discurrido los ingenios presentes, pero si bien se miran sus fundamentos, para todo dieron asunto, y ocasión las plumas antiguas»* (nota 37), *«muchos de nuestros Cronistas modernos, que por conseguir el fin de un extraordinario dictamen, hacen jirones las autoridades antiguas»* (nota 38). Veneración que, naturalmente, le lleva a rechazar cualquier opinión que pueda ir en detrimento de la Escritura: *«complacer a sus opiniones*

Arturo Morgado García
**Historiografía eclesiástica y construcción de un mito urbano
en el Cádiz del siglo XVII**

desencuadrando la Sagrada Escritura, y violentando sus Textos, está tan lejos de acreditar los Autores, y pareceres, que antes bien califica de vano sus fundamentos» (nota 39). Tal respeto, evidentemente, condicionará fuertemente los resultados de su investigación historiográfica, que fue incapaz de aunar su formidable erudición con un mínimo de audacia intelectual.

No obstante, esta falta de sentido crítico hay que relacionarla con la situación de la historia eclesiástica del momento, muy influida por patrañeros (nota 40). Fue Román de la Higuera (1538-1614) el primero de tales falsarios, el cual, fingiendo haber recibido de Alemania un códice antiquísimo hallado en el monasterio de Fulda, dio a conocer a sus amigos un *Chronicon Flavii Lucii Dextri Barcinonensis*, amañado por él y atribuido a Dextro, hijo de san Paciano. Le seguirían el *Chronicon Marci Maximi*, el de *Luitprando*, a quien hace diácono de Toledo antes de ser obispo de Cremona en el siglo X, y el *Chronicon Ecclesiarum Hispaniae* de Julianus Petri. Higuera no dio a la imprenta sus ficciones, sino que se contentó con distribuir copias entre los eruditos, algunos de los cuales, como Lorenzo Ramírez de Prado, o Tomás Tamayo de Vargas, los publicaron con numerosas anotaciones. Posteriormente, seguirían sus pasos autores tales José Pellicer

(m. 1679) en su *Chronicon Servandi Episcopi*, Juan Tamayo de Salazar (m. 1662) en los seis tomos de su *Martyrologium Hispanorum* (6 vols., Lyon, 1651-1659), y el cronista benedictino Gregorio Argáiz (m. 1679) que utilizaría los cronicones apócrifos en su *Soledad laureada por los hijos de San Benito en las iglesias de España* (Madrid, 1671) y su *Población eclesiástica de España* (Madrid, 1667), llegando a defender públicamente su valor documental (nota 41). Y todas estas obras serán muy utilizadas por Fray Jerónimo: según la cuantificación realizada por Bengoechea, el *Cronicón* de Dextro es citado en 17 ocasiones, el de Luitprando, 4, el de Julián Pérez 24, Tamayo de Vargas 6, Tamayo de Salazar, 8, y Argáiz, 12 (nota 42).

Tan sólo el benedictino José Pérez de Rozas (1640-1696), el canónigo sevillano Nicolás Antonio (1617-1684) y el Marqués de Mondéjar (1628-1708) se libraron de caer en las redes de la mixtificación, y estos autores, o no son conocidos, o no son estimados por Fray Jerónimo (nota 43). De hecho, el único citado es Mondéjar, denominado por Fray Jerónimo Marqués de Agropoli, tratándose concretamente de sus *D disertaciones eclesiásticas*, publicadas parcialmente en 1671 y en edición completa en 1747, achacándole ser «impugnador de el Orden Jerárquico en la Iglesia desde el tiempo de los

Arturo Morgado García
**Historiografía eclesiástica y construcción de un mito urbano
en el Cádiz del siglo XVII**

Apóstoles...para afianzar su extravagante opinión apartándose de la corriente de los Autores Católicos Españoles, se vale de algunos Griegos, y no pocos Nordesteales, que sabiendo a la pega de Lutero, nunca tragon bien la Unidad y el orden Jerárquico de la Iglesia Apostólica» (nota 44). También dirigirá sus dardos contra el *Aparato de la Monarquía de España* de José Pellicer (donde se arrepintió de sus desatinos historiográficos iniciales), «*que tan aparatoso ruido ocasionó en sus principios a España. Y a la verdad eso tienen de parte suya las novedades, y las de el Aparato son tales, que no es mucho hallasen tan gran recibo en los críticos» (nota 45),* o contra Fray Hermenegildo de San Pablo, que comete la osadía de negar la primacía carmelitana en España, y que «*con tanto deslustre de las demás Religiones pretende introducir la suya en el mundo, no teniendo de Santo más que el nombre» (nota 46), «como si el mayor lustre de la suya, no estuviera en dar a las demás Religiones, lo que se les debe de justicia» (nota 47).* Crítica de la que no se salva tampoco César Baronio (m. 1607), que en sus doce volúmenes de *Anales eclesiásticos* (1588-1607) será uno de los primeros en plantear una historia eclesiástica medianamente solvente desde el punto de vista crítico, y al que nuestro carmelita recomienda «*moderar la pluma, larga muchas veces en censurar opiniones» (nota 48).*

Ello contrasta con los elogios dedicados a Argáiz («*La docta y erudita pluma de el R.P.M. Gregorio de Argaiz*») (nota 49), o la fiabilidad que le merecen Dextro y Julián Pérez (nota 50) (a este último sigue en lo relativo a la gaditanidad de los Macabeos) (nota 51), lo que nos muestra la total credulidad que al autor le merece la historiografía falsaria del momento, defendiendo, cómo no, el carácter histórico de los cronicones de Dextro, Julián Pérez, y Auberto Hispalense, este último vindicado por Argáiz (nota 52). En este sentido, nos encontramos con toda una afirmación programática: «*Los más graves, y más antiguos, que hoy tenemos en España, para calificación de sus Historias son Dextro, Julián, Luitprando, M. Máximo, Auberto, Liberato. Aunque digan, lo que dijeren Fr. Hermenegildo de S. Pablo, el Marqués de Agropoli, y D. Josef Pellizer, a quienes su mismo estilo condena de apasionados*» (nota 53). No obstante, no nos interesa tanto dilucidar el grado de veracidad histórica de la obra de Fray Jerónimo como poner de relieve que la misma ha contribuido poderosamente a forjar la imagen colectiva de la urbe gaditana, una visión, por supuesto, sumamente autocomplaciente y que deja poco o ningún resquicio a la autocrítica. Y una imagen que está muy relacionada, como no podía ser menos, con las aportaciones realizadas por la corografía gaditana en su afán de crear una imagen mítica de la ciudad.

Arturo Morgado García
**Historiografía eclesiástica y construcción de un mito urbano
en el Cádiz del siglo XVII**

Uno de estos lugares comunes será el señalar una antigüedad inmemorial (como dijera Horozco, «*y de ninguna otra ciudad se tiene hoy mayor certidumbre y antigüedad en España*») (**nota 54**) acompañada de una fundación mítica. No perdamos de vista que las historias de ciudades trazan siempre una genealogía particular que arranca lo más lejos posible en el tiempo, pues el grado de nobleza y de preeminencia, se vincula siempre a la antigüedad. Lo de menos es que sus autores falseen, consciente o inconscientemente, la realidad, hecho que ha despistado a los historiadores desde la Ilustración y ha condicionado la valoración posterior de estas obras, tildadas de fabulosas, falsas y acriticas: lo que importa es que tales aspiraciones se organizan siguiendo las pautas y los comportamientos marcados por el modelo aristocrático dominante (**nota 55**): como bien señala Suárez de Salazar, «*entre las ciudades del mundo que deben a su Antigüedad, y Grandeza la nobleza, y eterna memoria que tienen, no tiene Cádiz la menor parte: por el Sitio, Fundadores, Fertilidad, Presidios, Navegaciones, Fábricas, y Riquezas, a que no hacen poco colmo los Varones Ilustres, su Virtud, y Hazañas*» (**nota 56**). Pero la atribución de la fundación de Cádiz llevaba muchas veces a un callejón sin salida, por cuanto había que conciliar una serie de tradiciones intelectuales diferentes, bien reflejadas en la obra de Suárez de Salazar, que nos señala como

fundadores a los hijos de Jafet (remitiéndose a la autoridad de San Isidoro), a Hércules Egipcio (Arnobio, Filóstrato en la *Vida de Apolonio de Tiana*), y a los Fenicios (siguiendo, en este sentido, a Estrabón), sin inclinarse claramente por ninguna de dichas alternativas (nota 57). Cada una de estas soluciones servía a objetivos e intereses distintos: la opción jafetiana contaba con el respaldo intelectual de todo un San Isidoro, en tanto la solución hercúlea permitía situar en el origen de la urbe gaditana a una de las grandes figuras mitológicas de la Antigüedad. Frente a ello, el origen fenicio parecía menos prestigioso, y el mismo Suárez de Salazar hubo de indicar cómo «*la antigüedad, nobleza y magnificencia de Tiro (que por haber sido madre de esta ciudad estamos obligados a escribirla; por lo que resulta de gloria en los hijos la nobleza de sus mayores) refiérenla con larga mano Historiadores divinos, y profanos*» (nota 58). Horozco, por su parte, mostrará a Hércules como fundador de la ciudad (nota 59), inclinándose Fray Jerónimo por atribuir dicha fundación a Tharsis, nieto de Jafet, y, por consiguiente, biznieto de Noé, siendo muy reveladoras sus palabras rechazando los orígenes fenicios o hercúleos: «*le quitan 500 años de antigüedad*» (nota 60).

La visión que nos dan nuestros corógrafos, y, por supuesto, también nuestro carmelita, de la evolución histórica gadita-

Arturo Morgado García
**Historiografía eclesiástica y construcción de un mito urbano
en el Cádiz del siglo XVII**

na está sumamente sesgada. Se dedica un amplio espacio a la fundación de la ciudad, a la llegada de los fenicios, y, sobre todo, a la situación de Cádiz durante la época romana, pero se pasa por alto todo el desarrollo histórico posterior hasta el momento de la Reconquista. Tanto su predecesor Horozco como el mismo Fray Jerónimo se explayan en describir la situación de Cádiz durante la Antigüedad, señalando sus varones ilustres, riquezas y monumentos, lo que de paso les permite mostrar a los lectores su grado de sapiencia arqueológica. El interés prestado por los restos arqueológicos, edificios antiguos y demás antiguallas, se debe a que los mismos constituían evidencias firmes de un pasado remoto en el que se enraizaba y tomaba principio la noble y gloriosa historia de la urbe gaditana (nota 61). Pero el largo período medieval es pasado por alto: a Horozco lo único que le interesa es la narración de la batalla del Guadalete, en tanto Fray Jerónimo se limita prácticamente a proporcionar la relación de los monarcas visigodos y castellanoleoneses, mostrando así una continuidad ininterrumpida en la pertenencia de Cádiz a la monarquía española, ya que, en este contexto historiográfico, la ocupación musulmana es considerada poco menos que una usurpación. Tan sólo a partir de la Reconquista y repoblación de la urbe se reinicia el relato con mayor profusión informativa.

La imagen que Fray Jerónimo nos proporciona de la ciudad gaditana y de sus habitantes es sumamente elogiosa, siguiendo en este sentido la mejor tradición del género (nota 62). En la *Historia* de Horozco, por ejemplo, las loas a Cádiz y sus gentes, dignas del gaditanismo más acendrado, están presentes por doquier: «*las casas serán hasta mil y doscientas tan fuertes y buenas que en ningún lugar de España de las de su tamaño las hay mejores*» (nota 63), «*la templanza y suavidad de los tiempos del año son aventajados en esta ciudad y en ninguna parte de España de mejor suerte y calidad*» (nota 64), «*la gente inclinada al bien, afables, caritativos, de claros entendimientos e ingenio. Políticos y muy a lo cortesano en el hablar y vestir, de trato muy honrado y verdadero...tienen perseverancia y sufrimiento en todo trabajo, destreza en las armas y tan disciplinados en ellas como los soldados de cualesquier presidio de Italia o Flan-des...particularmente son muy diestros en tirar arcabucería. Las mujeres en común son todas de buen rostro y de ellas hermosas, discretas y curiosas*» (nota 65), «*ninguna otra agua se conserva mejor ni llega más sana a Indias*» (nota 66), «*siempre fue estimado por uno de los mejores puertos que se conocían en el mundo, por su gran circuito, hondura y seguridad*» (nota 67), «*la majestad y grandeza de sus templos y edificios que tuvo en el tiempo de la gentilidad y los que al presente tiene, el asiento, sitio y tamaño de la*

Historiografía eclesiástica y construcción de un mito urbano en el Cádiz del siglo XVII

ciudad, isla y bahía; el gobierno eclesiástico y seglar; su trato y comercio y otros varios sucesos. Todo ello honra y blasón en que tanto estriban los mortales y pues una de las causas más principales de ella es el valor con que los hombres se ejercitan en la defensa de sus repúblicas y en el aumento de ellas por medio de las armas, en lo cual se han ocupado para el uno y otro efecto los vecinos de ella» (nota 68), «su trato y comercio es en todo el punto de la verdad y sin doblez, todos grandes, medianos y pequeños de buena y apacible comunicación y nobleza, tan afables y de amistad que entre ellos es acogido, tenido y estimado cualquier forastero con el amor y voluntad que se le debe al natural. En las cosas de peso y calidad que se han ofrecido en el Reino, han sido y se han mostrado siempre los vecinos de esta ciudad, tan leales, fieles y constantes al servicio de la Corona Real (sin haber faltado un punto, ni violado su nobleza) cuanto pueden haberlo sido las muy estimadas ciudades de España en las diversas revueltas que en ellas ha habido, con ser ciudad tan de por sí, de gente de todas naciones y suerte y así le cuadra y viene muy al justo el estimado nombre de muy noble, leal, ciudad de Cádiz» (nota 69).

Suárez de Salazar, por su parte, señala que «el asiento de esta isla es admirable, y por su naturaleza generoso, porque

de las tres partes del mundo, es la raya y término: puesta como corazón de todo el orbe en su medio. Tiene delante de sí el Asia, a su mano derecha el Africa, a la izquierda, la Europa, y a sus espaldas la América» (nota 70), añadiendo cómo «fue muy celebrada de Griegos, y Latinos, por la fertilidad de los campos, bondad de los pastos, y grande copia, y excelencia de ganados» (nota 71), «en ella puso la Gentilidad su cielo, y bienaventuranza, y los llamó Campos Elíseos» (nota 72), «la templanza de esta Isla, es la misma que dice Homero, pues en ella ni se conoce el invierno, ni el verano; sino siempre está en una continua primavera...y recrea este viento Céforo, que es un soplo, y marea apacible que viene del Poniente» (nota 73), «entre las cosas notables de esta Isla cuentan, que el Sol cuando se pone en ella parece de excesiva grandeza...de esto todos somos testigos; pues le vemos muchas veces poniéndose, de esta grandeza, y no con poca admiración, y gusto, por las varias formas que muda, por los hermosos, y extraños arreboles que le cercan, y por las centellas, que parecen saltar de las aguas, haciendo el Sol en ellas, ayudado con sus enrizadas olas, mil tornasoles, y cambiantes» (nota 74).

Pero será Fray Jerónimo de la Concepción quien se lleve la palma, lo que en opinión de Manuel Ravina se debe a su

Arturo Morgado García
**Historiografía eclesiástica y construcción de un mito urbano
en el Cádiz del siglo XVII**

desmedida megalomanía por la Antigüedad, reflejada en su afán de señalar que en todos los hechos humanos Cádiz fue la adelantada o participaron en ello los gaditanos: así, Cádiz fue la primera corte de España; el primer lugar donde se enterraba a la gente, pues antes se colgaban de los árboles; el primer sitio donde se elaboró la miel; el gaditano Pefasmeno inventó el ariete; gaditanos fueron los primeros descubridores de América; sus gentes fueron las primeras que abrazaron la fe Católica...y un largo etc en el que destacan por encima de todo que los Reyes Magos pasaron por Cádiz camino de Belén, y que Jesucristo descendía de mujer gaditana (**nota 75**). Su interpretación, bastante atinada a nuestro entender, señala cómo el *Emporio* hay que situarlo en unos momentos de acre enfrentamiento entre Sevilla y Cádiz por el control del comercio colonial (recordemos que en 1680 la ciudad gaditana se convertía en cabecera de flota), y que buena parte de su contenido no se entiende sin hacer alusión a este contexto. Así, las frecuentes alabanzas del emplazamiento geográfico, clima y carácter (**nota 76**) de los gaditanos, que le lleva a afirmar que *«es pues la gente gaditana de condición apacible, de ingenio, y entendimiento claro. Dispuestos sus naturales a toda arte de letras, y milicia, armas, navegación, trato y comercio. Su lenguaje político, castellano, y muy cortado. Visten con curiosidad, gala y costa liberal así hombres como*

mujeres, amicísimos de pompa, ornato y apariencia, llevados de el pundonor, y la honra. Reciben con agasajo a los forasteros, y aviénense bien con ellos. Son espléndidos en el arreo, y adorno de sus casas, magníficos en los gastos, pródigos en los desempeños...las mujeres son comúnmente de buenos rostros, discretas, curiosas y muy urbanas» (nota 77). Tan acendrado gaditanismo le llevará a criticar con frecuencia a Sevilla, presentada como rival de la urbe gaditana ya desde la Antigüedad, críticas que serán personalizadas en su historiador más representativo, Rodrigo Caro, que paradójicamente demuestra, en su *Arqueología y geografía de la antigua Bética. Antigüedades y principado de la ilustrísima ciudad de Sevilla* (1634), un dominio muy bueno de los autores latinos, que no le impediría creer en los cronicones de Dextro y Máximo.

Fray Jerónimo, a diferencia de otros corógrafos gaditanos, no se caracteriza precisamente por la autocrítica. Ello contrasta, por ejemplo, con la obra de Horozco, donde la misma será más frecuente en la versión de 1598 que en la de 1591, a lo que no debió ser ajena la vergonzosa actuación de las autoridades ante el asalto inglés y la falta de medidas coherentes para fortificar y defender la ciudad. Si en la versión de 1591 todavía el autor podía señalar *«la mucha importancia de esta ciudad y que para su guarda y de la bahía esté en defensa*

Arturo Morgado García
**Historiografía eclesiástica y construcción de un mito urbano
en el Cádiz del siglo XVII**

parece ha dado siempre cuidado a España. Habiéndose enterado de ello el Rey Nuestro señor luego que tomó a su cargo el gobierno de estos sus reinos mandó que se fortificasen con fortaleza tan inexpugnable que no hubiese enemigo que intentase acometerla» (nota 78), en la de 1598 denunciará que «el castillo de Suazo es de mediana compostura y fortaleza. Está cerca y enfrente del puente, para cuya guarda ha tenido alguna artillería y gente de guarda a costa del Duque, de lo cual carece hoy después que el inglés saqueó la ciudad y la isla, habiendo de ser aquella ocasión despertador para tenerle con suficiente defensa, que así va todo declinando a manifiesta perdición...governándose en este descuido y mala prevención al parejo e igual de lo que hay en Cádiz, ciudad que, debiendo de estar más fuerte que Malta o que Orán, la vemos con la misma remisión y ocasión que cuando se perdió, y aún peor, gastando al rey grande suma de dinero en la fortificación, fortificando lo más inútil y lo menos necesario, según el albedrío del ingeniero, a quien dan mano y gracias por irlo errando y perdiendo todo, sin que haya quien los de la ciudad ni de los obligados al servicio del rey le informen de ello con entereza y valor, no cuidando más nadie de aquello que tuviese rastro de aprovechamiento» (nota 79).

No es la falta de defensas de la ciudad, que no ha extraído las consecuencias oportunas del asalto inglés de 1596, el único aspecto que a Horozco le preocupa. Podemos encontrar en él una serie de observaciones sobre el gobierno municipal, con demasiadas regidurías (*«número excesivo para tan corta población, y que en lugar de gobierno se padece confusión y varias parcialidades»*) (nota 80) y unos cargos públicos que apenas miran por los intereses del común (de los alcaldes, dirá, *«eran asimismo elegidos por no mas tiempo que un año, y aún así les sería mejor a las repúblicas, según lo poco que miran por su bien»*) (nota 81). En más de una ocasión, Horozco señala la debilidad de quienes gobiernan la república gaditana, cuya principal manifestación es la impotencia por recuperar la Isla de León, en manos de la casa de Arcos, *«aunque debiera la ciudad pedirla como cosa suya propia, y si algunas veces se ha intentado, y de proseguir la demanda que de ella tiene puesta, presto cesa la pretensión, y luego enmudecen los contradictores, o por el autoridad de los duques o por mercedes y favores que de ellos se reciben»* (nota 82). Y en la raíz de este mal gobierno se halla, en lo que el autor revela un profundo sentimiento aristocrático, el hecho de que *«la ciudad para la contratación y comercio ha recibido y recibe cada día tanta diversidad de gentes de varios pueblos y provincias de España y de fuera de ella, que*

Historiografía eclesiástica y construcción de un mito urbano en el Cádiz del siglo XVII

de ellos (quedándose a vivir casando y emparentando con los naturales) se ha causado mucha confusión, y oscurecido los originarios y vecinos, yéndose unos a vivir a otras partes en enriqueciendo, y adquiriendo los bienes que no trajeron, y otros entrando con solamente el fin de adquirirlos y granjearlos, blanco y paradero a que todos atienden, y así sería un cansacio enfadoso, prolijo y sin efecto querer empadronar aquí ahora los que hoy habitan la ciudad; pareciéndome más, que por ser pueblo de esta behetría y variedad de la mezcla de los originarios con los advenedizos, ha padecido y padece Cádiz la grande quiebra y disminución de sus privilegios, franquezas, tierras y espacioso término que tenía y se le dio por su fundador, con no haber pequeña aldea adonde no haya en esto grande y particular cuidado en conservarlo, y hombres de pelo en pecho que lo sustentan y que lo acuden, de lo cual es exceso la falta que se tiene en esta ciudad, no tratando nadie más que de su particular negocio e interés, y en no se atravesando éste, o algún particular fin, todos lo dejan, mayormente si se ha de tener algún trabajo en la negociación, o haber de salir de sus casas y de su regalo» (nota 83). El profundo sentimiento individualista ocasionado por la dedicación mercantil de los gaditanos traería, de este modo, nefastas consecuencias.

Pero la crítica de Horozco no llega, ni mucho menos, a la radicalidad de la de Abreu, por cuanto en su relato encontraremos un profundo ataque a la sociedad gaditana y a sus valores: *«estaba...la ciudad de Cádiz la más próspera, rica y abastada así de moneda, joyas, piedras, oro y plata, sedas, trajes, soberbios y costosos adornos y aderezos de casas de cuantas en su tanto tenía toda España»*, y todo este lujo traerá profundas consecuencias, reflejadas en vicios, ociosidad, cobardía y debilidad. Se trata de una sociedad dominada por el dinero, hasta el punto de que los gaditanos preferían *«morir guardando los ídolos del dinero y haciendas que en defensa de sus personas, de sus honras, hijos, mujeres y deudos, de su Rey, de su ley y de patria»*. La llegada masiva de extranjeros ha empeorado la situación, ya que si Cádiz hubiera estado *«poblada solamente de gente originaria, desinteresada de tratos y mercancías, criada en más trabajo y dureza, y no entre el trabajo...de quien se engendra la codicia y afemina los ánimos, pusieran mejor cobro en la defensa de sus personas, mujeres e hijos, y de su patria: es decir, el comercio no sólo engendra avaricia y egoísmo, sino que lleva a la molicie y acostumbra a la comodidad, apartando a las personas de los sacrificios»*. Desde esta impregnación mercantil y extranjera entiende Abreu la inoperancia de un cabildo que no ha estado a la altura de las circunstancias, yendo su propuesta en el

Arturo Morgado García
**Historiografía eclesiástica y construcción de un mito urbano
en el Cádiz del siglo XVII**

sentido de recuperar los valores nobiliarios y guerreros tan abandonados por los habitantes de nuestra ciudad **(nota 84)**.

La literatura corográfica insistiría mucho en la abundancia de géneros y abastos existente en la respectiva ciudad, como una forma más de mostrar su grandeza **(nota 85)**. Dado que el hinterland gaditano carece, como es bien sabido, de cualidades naturales como para desarrollar una producción agraria ubérrima, sus habitantes gozarán de todo tipo de productos gracias a su carácter de un emporio comercial (como dijera Horozco, *«parece que lo mejor que se cría y cae en todo lo poblado se ofrece y viene a esta ciudad»*) **(nota 86)** que se remonta a la antigüedad más lejana, acuñándose así el mito de relacionar la prosperidad de la urbe con la dedicación al comercio. Según Suárez de Salazar, *«tuvo siempre esta Isla grande fábrica de navíos, y los mejores marineros que en aquellos tiempos se conocían»* **(nota 87)**, *«a este grande número de personas que tuvo, añadido la Variedad de extranjeros, que no son poco adorno en una república. Aquí, por ser esta Isla raya del mar Océano, y Mediterráneo, se halla todo lo que cría el mar, y tierra más remoto. Aquí se ven los ingenios, las artes, las lenguas, y trajes de todas las naciones del mundo, de suerte, que quien gustase verlo todo, o había de dar mil vueltas al mundo, o vivir en esta ciudad,*

porque todo lo que en otras partes produce la tierra, o hace la industria, aquí está todo junto, y sobrado; de donde como de almacén se divide, y reparte por toda España, y Nuevo mundo. Por esto llamó Estrabón a Cádiz amplísimo Emporio» (nota 88).

Pero una dedicación comercial no exenta, sin embargo, de dificultades: la principal preocupación de Horozco será el declive mercantil de la ciudad (no olvidemos que, en su calidad de almojarife, debía estar bastante familiarizado con los problemas comerciales de la misma) como consecuencia de las dificultades experimentadas por el tráfico con las Indias como consecuencia del auge sanluqueño, aunque dicho lugar no fuera el más idóneo para tal actividad, por cuanto, exhibiendo uno de los argumentos favoritos de los defensores de la ubicación gaditana del monopolio, señalará cómo *«para salir de la barra de aquel río, sobre la misma barra, que es negocio peligrosísimo, de que se ha causado excesivas pérdidas de haciendas y de navíos con la vida de mucha gente» (nota 89)*. Y, sobre todo, debido a la pérdida del comercio con la Berbería a raíz del aumento de derechos e impuestos sobre dicha actividad, lo que provocaría que *«se apartaron las más de las naciones que venían al trato y diéronse a ir a contratar en Berbería, enriqueciendo a los moros, proveyéndolos de mer-*

Arturo Morgado García
**Historiografía eclesiástica y construcción de un mito urbano
en el Cádiz del siglo XVII**

caderías, armas, artillería, y de artífices de ellas, lo cual no se había hecho hasta aquel tiempo porque no sabían otro camino, ni curaban de otra contratación que la de esta ciudad...de manera que por esta vía y por este camino, ha decaído esta ciudad en tanta disminución que después acá se han perdido y asolado gran parte de las casas y edificios y los años han desayudado con enfermedades, faltas de bastimentos y cosecha de pan» (nota 90). Todavía en la época en que Horozco escribe la proyección americana de Cádiz no se ha consolidado definitivamente, y en muchos círculos de la ciudad las relaciones con Berbería debían parecer un terreno más provechoso y fructífero (para el mismo Abreu, «es esta isla y ciudad, según común opinión, plaza importantísima y llave de España por la buena disposición de su puerto y vecindad y comunicación con Berbería», añadiendo cómo, de ser evacuada por la corona, se perdería el comercio con dicha región) (nota 91), por cuanto permitía sostener una importante actividad industrial (la cera) y ofrecía la ventaja de no chocar con el monopolio sevillano. Es posible que Horozco sintonizara con estos intereses y preocupaciones africanistas, que no debieron ser ajenas a la organización de sendas expediciones contra Larache y La Mamora (narrada ésta precisamente por Horozco) ya en el reinado de Felipe III. En cualquier caso, Berbería sigue patente en las preocu-

paciones de los municipales gaditanos en los primeros años del siglo XVII, tanto en lo que se refiere a las relaciones mercantiles, como a la potencial amenaza que representaban los corsarios musulmanes ([nota 92](#)).

A Fray Jerónimo lo que le preocupa, sin embargo, es la defensa del monopolio comercial gaditano con las Indias, lo que le lleva a incluir en el libro VI del capítulo XV, en lo que constituye todo un plagio encubierto, el memorial presentado por el marqués de Villacampo (inserto en las actas capitulares de 1666) en el que se defiende la permanencia de la Tabla y Juzgado de Indias y cabecera de la flota en Cádiz, o a minusvalorar y justificar la diferencia de derechos cobrados en razón de alcabala entre Sevilla y Cádiz. Ravina es concluyente: el *Emporio* es el texto oficial de los defensores del monopolio gaditano ([nota 93](#)), de la misma manera que Veitia Linaje es el abanderado de las tesis sevillanas. Y nuestro carmelita nos ha dejado una impagable descripción de las múltiples conexiones mercantiles de la ciudad: «*Tiene Cádiz comercio con cuantas Naciones hay en el mundo, y a ella acuden de todo género de embarcaciones, y gentes. Por Ceuta, Tánger, Mamora, Larache, Orán, y otros Puertos cercanos al Africa comercia con la Berbería, trayéndose de allá entre otros géneros de mercaderías, como Corambres, Alfombrillas,*

Arturo Morgado García
**Historiografía eclesialística y construcción de un mito urbano
en el Cádiz del siglo XVII**

Miel, Dátiles, Trigo, y otras menudencias, Cera mucha en abundancia...las otras mercaderías, y regalos, que de varias partes de el mundo vienen a Cádiz, son muchas, y de todos los géneros, que se conocen en Europa, Asia mayor, y menor, Africa, Indias Orientales, y Occidentales, repartiéndose desde Cádiz para toda España, y otras tierras. De manera, que la falta de término, y tierra, que tiene el corto ámbito de la Isla para estos frutos, quiso la naturaleza a porfía suplir por estos medios, siendo su comercio hoy el más grueso, y pródigo, que conocen los nacidos, dando ella en recompensa, fuera de los muchos géneros, que aquí descienden de España, el mucho oro, y plata de que abunda» (nota 94).

Fray Jerónimo, siguiendo la línea marcada por sus predecesores, contribuirá a la creación de un martirologio propio que dotará a la urbe gaditana de unas señas de identidad específicas. En España llegó a establecerse un verdadero subgénero de crónica urbana, estrechamente ligado a la historia de los santos locales entre finales del siglo XVI e inicios del XVII, y da la impresión de que los patronos urbanos eran vistos entonces no sólo como protectores espirituales de las ciudades sino también como encarnación simbólica del sentimiento de orgullo cívico. En las crónicas y compilaciones de vidas de santos publicadas a lo largo del XVI se puede cons-

tatar un creciente interés por los santos locales o naturales, en tanto los santos oriundos de una ciudad y los que conservaban en ella su cuerpo o sus reliquias solían ser destacados como un elemento capaz de aumentar el prestigio del lugar. Pedro de Medina en sus *Grandezas y cosa memorables de España* (1548) llegará a mostrar la santidad como uno de los veinte productos cuya abundancia y calidad demostraban que «*en lo divino como en lo humano ha aventajado Dios a los españoles sobre cuantas naciones en el mundo son*» . La importancia que se concedía a la historia de los santos y las imágenes locales para aumentar el prestigio de la ciudad se basaba en que éste solía medirse en términos de religión y antigüedad, y por esta razón era importante que los patronos pudieran tener una vida susceptible de ser relacionada con los principales hitos de la historia de la ciudad desde su fundación, y por ello suscitaron tanto entusiasmo los falsos cronicones que proporcionaban los elementos básicos para reconstruir la crónica urbana en estos términos y para reelaborar la historia de santos e imágenes locales según los criterios de precisión cronológica y espacial que exigía la hagiografía moderna (**nota 95**).

La gran aportación de la corografía gaditana a este respecto será la introducción del culto de San Servando y San Germán,

Arturo Morgado García
**Historiografía eclesiástica y construcción de un mito urbano
en el Cádiz del siglo XVII**

cuyo martirio es descrito por Horozco, subrayando cómo «a los cuales fuera mucha razón que esta ciudad hubiera tomado por abogados y patronos...pues los tiempos corren con tanta miseria de humana flaqueza, y es menester para con la majestad de Dios quien sea nuestros medianeros y protectores, en particular los tengan por patronos y abogados» (nota 96). Suárez de Salazar relata también el martirio de ambos santos, que aunque no fueron naturales de Cádiz, sí «se naturalizaron con su martirio y sangre» (nota 97), lamentándose del «gran olvido, y descuido que esta ciudad tiene de honrar estos gloriosos mártires; a quien en tan largo camino, nunca faltó el ánimo y esfuerzo para llegar a esta Isla, y darle de sus propias venas la preciosa sangre, ilustrando, y ennobleciendo con ella estas arenas; que ni el ser abofeteados, y escupidos, ni el peso de sus hierros, y cadenas pudieron estorbarles este beneficio: que parece que todas aquellas persecuciones, y trabajos...los padecían por obligar más con ellos a Cádiz, y añadirá la deuda del martirio todas las demás que pudieron. A todo esto nos mostramos tan desagradecidos, que no sólo, no les damos gracias por ello; pero ni conservamos una sola memoria de estos beneficios...siendo esta ciudad la más obligada, que no sólo debería hacer lo que otras ciudades, sino elegirlos por sus Patronos, y Defensores; pues hasta hoy no ha honrado santo alguno con este título (quizás providencia

del Altísimo) que no ha permitido se les quite a estos gloriosos mártires lo que les es tan justamente debido, teniendo vacante, y suspenso por tantos años este título de Patrono. Diera yo por bien empleado el trabajo de esta pequeña obra, cuando no tuviera de fruto más que servir de motivo a Cádiz, para que diese a estos gloriosos santos la honra que por tan grandes favores se les debe» (nota 98).

Cuando Fray Jerónimo escribe su obra, los falsos cronicones han extendido su influencia por doquier, y ello explica que no se contente con presentar como santos mártires a San Servando y San Germán, sino a toda una galería de héroes de la primitiva Cristiandad: San Epitacio gaditano, primer obispo de Plasencia, San Basilio, discípulo de Santiago y primer obispo de la ciudad, San Hiscio, segundo obispo de Cádiz y primero de Algeciras, Santa Susana y su hija Santa María Cassolobita mártires, San Eutiquio y San Rufino mártires, Santa Marcia Mathidia mártir...la vida de todos ellos será narrada profusamente por nuestro autor, demostrando ya en plena Ilustración el canónigo penitenciario Cayetano Huarte el carácter apócrifo de todos ellos (nota 99).

Asimismo, la urbe gaditana es presentada como un edén del Catolicismo, con una Iglesia que remonta su antigüedad a los tiempos apostólicos, y con unos habitantes devotos y

Arturo Morgado García
**Historiografía eclesiástica y construcción de un mito urbano
en el Cádiz del siglo XVII**

caritativos. Ya Horozco incidía en ello, atribuyendo la falta de conventos en la ciudad a «*por no lo haber intentado las religiones y no por falta de devoción de los vecinos y de la mucha limosna con que acuden a todas las obras pías, pues yo vi en un día sacar de limosna 600 ducados*» (nota 100). Dado la importancia que se concede a dichos aspectos (Horozco señala que es «*parte la más principal de ésta y de cualquiera otra república*») (nota 101), no es de extrañar que dedique todo el libro V de su obra a la situación eclesiástica de la urbe gaditana. Pero será la obra de Fray Jerónimo la que se lleve la palma en este sentido, por cuanto nada menos que cuatro de los ocho libros están dedicados a la misma, sin contar con las numerosas referencias que encontramos en los restantes libros del *Emporio*, lo que confiere al mismo un fuerte carácter de *Christianopolis*. De hecho, el *Emporio* presenta una estructura perfectamente articulada al respecto: el libro I y II están dedicados a la historia secular de la ciudad en la Antigüedad, el III y el IV a la introducción del Cristianismo y a sus mártires, el V y el VI a la historia secular de Cádiz desde su Reconquista, el VII y el VIII a la vida espiritual de la urbe en los tiempos presentes, constituyendo los dos últimos libros de la obra toda una escala de perfección espiritual: en el VII se aborda el clero secular, en el VIII la implantación de las órdenes religiosas (no perdamos de vista que el modo de

vida del clero regular era considerado por aquel entonces un camino más seguro hacia la salvación (**nota 102**), y el mismo autor titula este libro, muy significativamente, «*continúa los progresos de el estado eclesiástico, con las fundaciones de los monasterios*»), para concluir, en lo que nuestro carmelita llama «*clave*» de la obra, con la biografía de Beatriz de Quevedo, «*pues para corona de mi pluma ninguna garzota más airosa, que el ramillete de sus olorosas prendas, y como la peregrina Perla de la otra Reina de Egipto, será el último, si más costoso bocado de esta mesa*» (**nota 103**).

Se trata, en definitiva, de mostrar a la ciudad como una abanderada del Catolicismo (no perdamos de vista que la gente de Cádiz es «*compasiva, larga en la Limosna, y muy mirada en el servicio, y culto divino*») (**nota 104**), del mismo modo que es un Emporio en lo comercial; y a ello obedecen las detalladas descripciones de fiestas religiosas (**nota 105**) (las habidas con motivo de la proclamación de la Inmaculada, (**nota 106**) la entrega de la custodia del Corpus (**nota 107**), o la intercesión del Nazareno en la peste de 1681 (**nota 108**)), la culminación de la obra con la biografía de Beatriz de Quevedo (que permitirá presentar a los lectores todo un programa de vida cristiana y de santidad, típicamente barroco, por otro lado (**nota 109**)), y el interés prestado a las fundaciones conven-

Arturo Morgado García
**Historiografía eclesiástica y construcción de un mito urbano
en el Cádiz del siglo XVII**

tuales y a las principales iglesias de la ciudad. No perdamos de vista que por su elevado número, por su monumentalidad y nivel de artísticidad, por la superficie ocupada en el espacio urbano, y por la nobleza de sus materiales constructivos, tales edificios constituían referentes inexcusables de cualquier ciudad del Antiguo Régimen, otorgándole un carácter de ciudad conventual y contribuyendo a la sacralización del espacio urbano, proporcionando un lustre y una prestancia particulares y conformando la urbe como una *civitas Dei* que por medio de la piedra proclamará la creencia firme en la verdad revelada **(nota 110)**.

Este bombardeo doctrinal en modo alguno es casual: los años finales del Seiscientos conocen una fuerte ofensiva eclesiástica en aras de profundizar en el proceso de confesionalización de la urbe, siendo por entonces cuando se desarrollara la tarea del capuchino Fray Pablo de Cádiz, que poblara la ciudad de rosarios callejeros, se proyectara la construcción de una nueva catedral que hiciera ver a todos la grandeza de la Iglesia triunfante, se pretendiera erradicar la prostitución a través de la fundación de la Casa de Recogidas, se planteara suprimir las representaciones teatrales por ser contrarias a las buenas costumbres **(nota 111)**, y se relanzara el marco devocional por medio de la potenciación del culto a Jesús

Nazareno so pretexto de su intercesión en la epidemia de peste (**nota 112**)...campaña esta última en la que participará el magistral Antonio de Rojas y Angulo (**nota 113**), a quien conociera personalmente nuestro carmelita, como ya hemos indicado, y que será uno de los censores del *Emporio*. Y ambos debieron intercambiarse mutuamente numerosas ideas: de hecho, Ravina Martín señala que en el sermón a Santa María Magdalena ya citado, Rojas y Angulo se refiere a Cádiz como *Emporio* (**nota 114**), lo que quizás sea una mera casualidad, aunque es más probable que el magistral y el carmelita sintonizaran perfectamente en éste y en otros muchos aspectos. Es en este contexto de presentar a la urbe gaditana como una auténtica *Christianopolis* donde hay que situar, a nuestro entender, muchas de las aberraciones históricas cometidas por el autor, tales el periplo gaditano de los Reyes Magos (**nota 115**), la genealogía gaditana de Cristo (**nota 116**), o el carácter apostólico de la sede gadicense (**nota 117**), testimonios todos ellos que vienen a presentar a la ciudad como un Edén del Catolicismo desde los tiempos más remotos.

No podemos olvidar, por último, la mixtificación con la que en todo momento trata a su orden religiosa. Es cierto que trata elogiosamente a las demás comunidades religiosas, señalando la profusión de escritores de los jesuitas (**nota 118**), el elevado

Arturo Morgado García
**Historiografía eclesiástica y construcción de un mito urbano
en el Cádiz del siglo XVII**

número de santos y beatos de los franciscanos observantes (nota 119), o la gran cantidad de dominicos que se encumbraron a los más altos cargos eclesiásticos (nota 120). Pero el Carmelo se lleva la palma: es «*la primera entre todas las Religiones en la Iglesia, y de quien, como fuente, y origen manaron sus Sagrados Institutos*» (nota 121), numerosos reyes, príncipes y señores seculares portaron el escapulario (nota 122), sus orígenes se remontan, cómo no, a los tiempos de Elías (nota 123), siendo sus compañeros de hábito los primeros que veneraron el misterio de la Inmaculada Concepción (nota 124), y los primeros obispos que hubo en España (nota 125), y señalando el importante papel espiritual que los carmelitas están desempeñando en la Isla de León (nota 126). Quizás todo ello obedezca a una campaña de propaganda que permita a medio plazo el asentamiento del Carmen en la propia urbe gaditana, y, en esta línea, vendrían muy bien los elogios realizados a la orden en un libro que tendría tanta difusión, incluso en los propios órganos de gobierno de la Corona (nota 127)...aunque la fundación, a la hora de la verdad, hubo de chocar con una fuerte oposición en una ciudad en la que, a entender de muchos, había ya demasiados conventos (nota 128). De este modo, la obra de Fray Jerónimo nos aparece con una estructura perfectamente articulada, al servicio del monopolio comercial gaditano (aun-

que solamente fuese por la necesidad de halagar los oídos de los regidores para obtener la indispensable financiación), de la profundización en el proceso de confesionalización de la ciudad, y de las posibles pretensiones futuras de la orden carmelita de incrementar su presencia en la urbe.

El *Emporio*, por todo ello, resulta de enorme interés: en primer lugar, por responder perfectamente a un tipo de Historiografía muy concreto, y sumamente enfocada al servicio de unos determinados intereses municipales y eclesiásticos, presentándonos una imagen de evidente autocomplacencia tanto en el terreno secular como en el espiritual. En segundo término, por sus indudables aportaciones documentales: casi nulas, como es obvio, para la Historia Antigua, si hacemos excepción de las numerosas inscripciones incluidas en la obra (un total de 60, según Bengoechea [\(nota 129\)](#), frente a las 16 de Suárez de Salazar, amén de las 48 piedras con sus grabaciones o leyendas tomadas de la carta de Martín de Haya a Arias Montano) y que permiten al carmelita, una vez más, demostrar su erudición y su sapiencia arqueológica. Pero fundamentales para los siglos posteriores a la Reconquista de la ciudad, especialmente en lo que se refiere a los asuntos de carácter religioso y espiritual: en este sentido, y por lo que a nuestra propia experiencia nos toca, es de justicia indicar

Historiografía eclesíástica y construcción de un mito urbano en el Cádiz del siglo XVII

que la información que nos proporciona el carmelita acerca de las sucesivas fundaciones conventuales de la ciudad, es perfectamente contrastable con el contenido de las actas capitulares gaditanas (nota 130). Y, sobre todo, por el hecho de que ha contribuido poderosamente a crear de cara a la posteridad una imagen mítica del Cádiz de la Modernidad, imagen que ha pervivido poderosamente en la conciencia colectiva gaditana, y que en más de una ocasión ha permitido acudir a la ensoñación del pasado como recurso para sustraerse a la realidad de un presente ingrato, tendencia muy marcada en el *gaditanismo* de la Restauración (nota 131). Como bien dijo García-Baquero, *«Cádiz es una ciudad mítica que, como tal, ha desarrollado su propia mitología, y me apresuro a aclarar que al utilizar la palabra mito referida a determinadas situaciones o etapas de la historia de Cádiz, no la utilizo como equivalente de ensoñación o irrealidad sino tomando de ella lo que constituye el alma de todo mito, es decir su realismo absoluto, su presencia total, tan intensa a veces que la realidad misma se escapa de ella y parece que no es tal...probablemente ninguna otra ciudad española –con la única excepción quizás de Sevilla– ha conocido y conoce todavía el peso de una tradición histórica de un modo tan operativo como Cádiz»* (nota 132). La imagen que los gaditanos tenemos de nosotros mismos está profundamente marcada

por la visión que del Cádiz de la Modernidad acuñara Fray Jerónimo, que en su espejo deformante de la realidad, nos brindó un reflejo opulento y halagador que hace mucho tiempo se desvaneció para siempre.

Notas

1. KAGAN, Richard L., «La Corografía en la Castilla moderna. Género, Historia, Nación», *Studia Historica*, XIII, Salamanca, 1995; y «Clío y la Corona: escribir Historia en la España de los Austrias», *España, Europa y el mundo atlántico. Homenaje a John H. Elliott*, Madrid, Marcial Pons-Junta de Castilla y León, 2001. También, ALVAR EZQUERRA, Alfredo, «Corografía y exaltación de lo local en la época de Calderón», ALCALA ZAMORA, José, y BELENGUER, Ernest (coords.), *Calderón de la Barca y la España del Barroco*, volumen 1, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales/Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, 2001, pp. 445ss.
2. ABREU, Fray Pedro de, *Historia del saqueo de Cádiz por los ingleses en 1596*, edición crítica, notas y estudio introductorio de Manuel Bustos Rodríguez, Cádiz, Universidad, 1996, pp. 136-152.
3. ANTON SOLE, Pablo, «Bibliotecas y bibliófilos gaditanos», *Archivo Hispalense*, 176, 1974, p. 46.
4. Edición de Ramón Corzo publicada por la Caja de Ahorros de Cádiz en 1985.
5. CAMBIASO Y VERDES, Nicolás María de, *Memorias para la Biografía y para la Bibliografía de la Isla de Cádiz*, edición de Ramón Corzo y Margarita Toscano, Cádiz, Caja de Ahorros, 1986, pp. 27-28.
6. HOROZCO, Agustín de, *Historia de la vida de los santos Servando y Germán patronos de Cádiz* (1619), Madrid, M. de Rivadeneira, 1856.
7. CAMBIASO Y VERDES, Nicolás María de, op. cit., p. 194.
8. Editada en el tomo 36 de la *Biblioteca de Autores Españoles*, reed., Madrid, Atlas, 1951.

9. ABREU, Fray Pedro de, op. cit.
10. ANTÓN SOLÉ, Pablo, «Vida y obra del historiador y almojarife gaditano Agustín de Horozco», *Archivo Hispalense*, 171-173, Sevilla, 1973, HOROZCO, Agustín de, *Historia de Cádiz*, edición, introducción y notas de Arturo Morgado García, Cádiz, Universidad, 2000 (en adelante, *Historia*).
11. CONCEPCIÓN, Jerónimo de la, *Emporio del Orbe. Cádiz Ilustrada*, Ámsterdam, 1690.
12. CAMBIASO Y VERDES, Nicolás María, op. cit., p. 109.
13. BENGOCHEA, Ismael, O.C.D., *Jerónimo de la Concepción. Historiador de Cádiz*, Cádiz, Industrias Gráficas Gaditanas S.A., 1980.
14. RAVINA MARTÍN, Manuel, «El «Emporio del Orbe» ¿Libro político?», *Gades*, 11, Cádiz, 1983, pp. 201-221.
15. La trayectoria vital de Fray Jerónimo en BENGOCHEA, Ismael, op. cit., pp. 10-22.
16. Así, *Bulas, privilegios y exenciones con que se halla beneficiado el Cabildo Eclesiástico de Sevilla (1675)*, *Primacías de la Iglesia de Sevilla (1675)*, *Santos que ilustran la santa Iglesia de Sevilla*, *Catálogo de los Arzobispos de Sevilla*, *Dos Discursos por la Primacía de la Iglesia Metropolitana y Patriarcal de Sevilla*, *Historia original de San Fernando (1693)*, *Historia del Martirio del V.P. Dionisio de la Natividad (1693)*. BENGOCHEA, Ismael, op. cit., pp. 23-26.
17. Cfr. BENGOCHEA, Ismael, op. cit., pp. 29-47, RAVINA MARTÍN, Manuel, op. cit., pp. 205-207.

Notas

18. RAVINA MARTÍN, Manuel, op.cit., p.207.
19. BENGOCHEA, Ismael, op. cit., pp. 126-136.
20. Sobre la Historiografía española, es de gran utilidad ANDRÉS GALLEGO, José (coord.), *Historia de la historiografía española*, Madrid, Encuentro, 1999.
21. *Emporio*, Dedicatoria.
22. *Emporio*, lib. II, c. VII, p. 16.
23. *Emporio*, lib. VII, c. V, p. 6.
24. *Emporio*, lib. V, c. XVI.
25. RAVINA MARTÍN, Manuel, op. cit., p. 215.
26. BENGOCHEA, Ismael, op. cit., pp. 88-91, RAVINA MARTÍN, Manuel, op. cit., p. 213.
27. *Relación verdadera de los daños que en la Ciudad de Cádiz y su Bahía causó el huracán, y contrastes de viento, que sobrevino el Domingo de Lázaro 15 de Marzo año de 1671*, Cádiz, Juan Vejarano, inserto en las Actas capitulares de 1671. RAVINA MARTÍN, Manuel, op.cit., p. 213.
28. ACOSTA Y MENDOZA, Juan de, *Sermón que en las honras que se hicieron en el Colegio de la Compañía de Jesús de Cádiz a la venerable señora Doña Beatriz de Quevedo*, Cádiz, 1674. RAVINA MARTÍN, Manuel, op. cit., pp. 214-215.
29. SAAVEDRA, Ignacio de, *Gloriosos, sagrados, y graves cultos, con que la siempre ilustrísima y nobilísima ciudad de Cádiz celebró fiestas*

a sus tutelares patronos Jesús Nazareno y Santa María Magdalena, Cádiz, 1681. RAVINA MARTÍN, Manuel, op. cit., pp. 215-216.

30. *Emporio*, Al Lector.

31. BENGOCHEA, Ismael, op. cit., pp. 110-111. La obra de Lantery, en BUSTOS RODRÍGUEZ, Manuel (ed.), *Un comerciante saboyano en el Cádiz de Carlos II. Las Memorias de Raimundo de Lantery (1673-1700)*, Cádiz, Caja de Ahorros, 1983.

32. *Emporio*, lib. VI, c. XX.

33. *Emporio*, lib. I, c. III, p. 11.

34. *Emporio*, lib. I, c. VI, p. 4.

35. *Emporio*, lib. I, c. IX, p. 4.

36. *Emporio*, lib. I, c. IX, p. 5.

37. *Emporio*, lib. I, c. XII, p. 1.

38. *Emporio*, lib. III, c. XI, p. 6.

39. *Emporio*, lib. I, c. XII, p. 6.

40. Sobre los falsos cronicones, CARO BAROJA, Julio, *Las falsificaciones de la historia*, Barcelona, 1991.

41. GARCIA VILLOSLADA, Ricardo, «Introducción historiográfica», *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, tomo 1, Madrid, CSIC, 1972, pp. 7-8.

42. BENGOCHEA, Ismael, op. cit., pp. 126ss.

43. BENGOCHEA, Ismael, op. cit., p. 69.

Notas

44. *Emporio*, lib. III, c. VIII, p. 3 y 4.
45. *Emporio*, lib. II, c. VII, p. 8.
46. *Emporio*, lib. III, c. VI, p. 18.
47. *Emporio*, lib. IV, c. XIV, p. 11.
48. *Emporio*, lib. IV, c. III, p. 10.
49. *Emporio*, Al Lector.
50. *Ibídem*.
51. *Emporio*, lib. III, c. II.
52. *Ibídem*.
53. *Emporio*, lib. III, c. XI, p. 6.
54. HOROZCO, Agustín de, *Historia*, p. 7.
55. MARCOS MARTÍN, Alberto, «¿Qué es una ciudad en la época moderna? Reflexión histórica sobre el fenómeno de lo urbano», *De esclavos a señores. Estudios de Historia Moderna*, Valladolid, Universidad, 1992, p. 151.
56. SUÁREZ DE SALAZAR, Juan Bautista, op. cit., pp. 1-2.
57. *Ibídem*, pp. 15ss.
58. *Ibídem*, p. 21.
59. HOROZCO, Agustín de, *Historia*, p. 4.
60. CONCEPCIÓN, Fray Jerónimo de la, op. cit., pp. 7-9.

- 61.** MARCOS MARTÍN, Alberto, «Percepciones materiales e imaginario urbano en la España Moderna», FORTEA PÉREZ, José Ignacio (ed.), *Imágenes de la diversidad. El mundo urbano en la Corona de Castilla* (s. XVI-XVIII), Cantabria, Universidad, 1997, p. 29.
- 62.** Algunas piezas de la corografía gaditana se limitan pura y simplemente a glosar estos panegíricos: una muestra de ello lo constituye el *Elogio al pueblo de Cádiz* de Agustín de Horozco (incluido en su *Historia de la vida de los santos Servando y Germán patronos de Cádiz*), a lo que habría que añadir algunos poemas laudatorios del siglo XVII redactados en latín (NAVARRO LÓPEZ, Joaquín Luis, «Poemas latinos gaditanos del XVII (I): el Carmen in laudem Gaditane Urbis», *Excerpta Philologica*, II, 1992, y «Poemas latinos gaditanos del XVII (II). El epigrama a Cádiz de Guillermo Gualfoldo», *Excerpta Philologica*, IV-V, 1994-1995).
- 63.** HOROZCO, Agustín de, *Historia*, p. 201.
- 64.** HOROZCO, Agustín de, *Historia*, p. 205.
- 65.** HOROZCO, Agustín de, *Historia*, p. 205.
- 66.** HOROZCO, Agustín de, *Historia*, p. 206.
- 67.** HOROZCO, Agustín de, *Historia*, p. 219.
- 68.** HOROZCO, Agustín de, *Historia*, p. 226.
- 69.** HOROZCO, Agustín de, *Historia*, p. 218.
- 70.** SUÁREZ DE SALAZAR, Juan Bautista, op. cit., p. 6.
- 71.** SUÁREZ DE SALAZAR, Juan Bautista, op. cit., p. 51.

Notas

- 72.** SUÁREZ DE SALAZAR, Juan Bautista, op. cit., p. 52.
- 73.** SUÁREZ DE SALAZAR, Juan Bautista, op. cit., p. 53.
- 74.** SUÁREZ DE SALAZAR, Juan Bautista, op. cit., p. 68.
- 75.** RAVINA MARTÍN, Manuel, op. cit., pp. 208-210.
- 76.** Vid. Lib. I, c. XIII.
- 77.** *Emporio*, lib. II, cap. XIII, p. 9 y 13.
- 78.** HOROZCO, Agustín de, *Historia*, p. 203.
- 79.** HOROZCO, Agustín de, *Historia*, p. 79.
- 80.** HOROZCO, Agustín de, *Historia*, p. 83.
- 81.** HOROZCO, Agustín de, *Historia*, p. 81.
- 82.** HOROZCO, Agustín de, *Historia*, p. 77.
- 83.** HOROZCO, Agustín de, *Historia*, p. 60.
- 84.** BUSTOS RODRÍGUEZ, Manuel, «Estudio introductorio», en ABREU, Fray Pedro de, op. cit., pp. 109ss.
- 85.** MARCOS MARTÍN, Alberto, «Percepciones».
- 86.** HOROZCO, Agustín de, *Historia*, p. 98.
- 87.** SUÁREZ DE SALAZAR, Juan Bautista, op. cit., p. 87.
- 88.** SUÁREZ DE SALAZAR, Juan Bautista, op. cit., p. 99.
- 89.** HOROZCO, Agustín de, *Historia*, p. 85.
- 90.** HOROZCO, Agustín de, *Historia*, p. 246.

- 91.** ABREU, Fray Pedro de, op. cit., pp. 153 y 155.
- 92.** MORGADO GARCÍA, Arturo, «Las relaciones entre Cádiz y el norte de Africa en el siglo XVII», *Trocadero*, 10-11, Cádiz, Universidad, 1998-1999.
- 93.** También lo señala GARCÍA-BAQUERO GONZÁLEZ, Antonio, «Cádiz y su tercio de toneladas en las Flotas de Indias», *Gades*, 1, Cádiz, 1978, p. 108.
- 94.** *Emporio*, lib. V, cap. VI, p. 21 y 22.
- 95.** RÍO BARREDO, María José del, *Madrid, Urbs Regia. La capital ceremonia de la Monarquía Católica*, Madrid, Marcial Pons, 2000, pp. 98 y 106.
- 96.** HOROZCO, Agustín de, *Historia*, p. 136.
- 97.** SUÁREZ DE SALAZAR, Juan Bautista, op. cit., p. 142.
- 98.** SUÁREZ DE SALAZAR, Juan Bautista, op. cit., pp. 145-146.
- 99.** HUARTE, Cayetano, *Sobre los santos que se dicen del Obispado* (1802), Ms. existente en el Archivo Catedralicio de Cádiz, al que hemos aludido en MORGADO GARCÍA, Arturo, *Iglesia e Ilustración en el Cádiz del siglo XVIII. Cayetano Huarte (1741-1806)*, Cádiz, Universidad, 1991.
- 100.** HOROZCO, Agustín de, *Historia*, p. 214.
- 101.** HOROZCO, Agustín de, *Historia*, p. 117.
- 102.** Así, el obispo gaditano Joseph de Barcia y Zambrana nos muestra, cómo en el camino hacia la salvación, «*el religioso va por la puen-*

Notas

te segura de sus votos y reglas. El sacerdote por la barca de sus ejercicios, no tan seguro como el religioso» (BARCIA Y ZAMBRANA, Joseph de, *Despertador cristiano de sermones doctrinales*, Cádiz, Cristóbal de Requena, 1693, vol. 2, p. 49).

103. *Emporio*, lib. VIII, c. XIV, p. 1.

104. *Emporio*, lib. I, c. XIII, p. 14.

105. Sobre las descripciones de fiestas, es fundamental ÁLVAREZ SANTALO, León Carlos, «La fiesta barroca contada: una demostración retórica consciente», PEÑA DÍAZ, Manuel, RUIZ PEREZ, Pedro, y SOLANA PUJALTE, Julián (coords.), *La cultura del libro en la Edad Moderna. Andalucía y América*, Córdoba, Universidad, 2001.

106. *Emporio*, lib. VI, c. XVI.

107. *Emporio*, lib. VII, c. XI.

108. *Emporio*, lib. VI, c. XIX.

109. Vid. al respecto, SÁNCHEZ LORA, José Luis, *Mujeres, conventos, y formas de la religiosidad barroca*, Madrid, FUE, 1988.

110. MARCOS MARTÍN, Alberto, «Percepción», pp. 22-23.

111. El mismo Fray Jerónimo nos da su opinión al respecto: «Yo confieso no quisiera dar en esta parte mi voto, por no pertenecer a mi oficio de Historiador. Pero no me excusa decir, lo que dirá cualquiera cabeza de mediano talento, que si los Señores Obispos salen, como deben salir, a resarcir y satisfacer el útil que de la frecuencia de las Farsas percibe la curación de los pobres, ninguna excusa pueden tener los Gobernadores en permitir el escándalo, ni aseguran sus conciencias;

porque la permisión de un daño a vista de otro mayor, ha de ser en caso, que el mayor sea inevitable moralmente, lo cual no acaece en Cádiz cuando la falta de el útil se suple sobradamente por otras vías. Además, que padeciendo por nuestras culpas tanto azote de la mano de Dios, no es lícito irritar el brazo divino con multiplicar escándalos; sino agenciar con ruegos, y penitencias el alivio de nuestras miserias. Pero de esto basta, que Teólogos tiene Cádiz para discernir este punto» (Emporio, lib. VIII, c. 7, p. 12).

112. Sobre todos estos hechos, MORGADO GARCÍA, Arturo, *El estamento eclesiástico y la vida espiritual en la diócesis de Cádiz en el siglo XVII*, Cádiz, Universidad, 1996.

113. Cfr. ROJAS Y ANGULO, Antonio de, *Oración Evangélica en la festividad que la ciudad de Cádiz consagró a la Gloriosa Santa María Magdalena...y dando al Divino Nazareno gracias por la suspensión del contagio pestilente en el día de la Santa*, Cádiz, Bartolomé Núñez de Castro, 1682.

114. RAVINA MARTÍN, Manuel, op. cit., p. 206.

115. *Emporio*, lib. III, c. I.

116. *Emporio*, lib. III, c. V.

117. *Emporio*, lib. III, c. VI.

118. *Emporio*, lib. VIII, c. II, p. 3.

119. *Emporio*, lib. VIII, c. III, p. 5.

120. *Emporio*, lib. VIII, c. IX, p. 4.

Notas

- 121.** *Emporio*, lib. VIII, c. XIII, p. 1.
- 122.** *Emporio*, lib. VIII, c. XIII, p. 10.
- 123.** *Emporio*, lib. VIII, c. XIII, p. 2.
- 124.** *Emporio*, lib. III, c. XVII, p. 1.
- 125.** *Emporio*, lib. III, c. VI, p. 16.
- 126.** *Emporio*, lib. VIII, c. XIII, p. 15.
- 127.** Recordemos que el cabildo municipal del 16 de abril de 1693 disponía la compra de 33 ejemplares con destino al Consejo de Castilla (BENGOECHEA, Ismael, op. cit., p. 45).
- 128.** MORGADO GARCÍA, Arturo, *Iglesia y Sociedad en el Cádiz del siglo XVIII*, Cádiz, Universidad, 1989, pp. 156-158.
- 129.** BENGOECHEA, Ismael, op.cit., p. 84.
- 130.** Cfr. MORGADO GARCÍA, Arturo, *El estamento eclesiástico...*
- 131.** Sobre el gaditanismo, MARCHENA DOMÍNGUEZ, José, *Burgueses y caciques en el Cádiz de la Restauración*, Cádiz, Universidad, 1996, y PEREZ SERRANO, Julio, «Gaditanismo y andalucismo. Orígenes de la conciencia andaluza en el Cádiz de la Restauración Borbónica», *Actas del III Congreso sobre el Andalucismo histórico*, Granada, 1987.
- 132.** GARCÍA-BAQUERO GONZÁLEZ, Antonio, *Libro y cultura burguesa en Cádiz: la biblioteca de Sebastián Martínez*, Cádiz, Fundación Municipal de Cultura, p. 16.